

No empiecen *sin mí*

Rita Cerezo



Naveluz



Nací en Tonalá, Chiapas, a finales del mes de mayo, un domingo a mediodía y, aunque antes de cumplir un año fui traída al **D.F.**, el destino insistió en llevarme a mis orígenes y me dejó al cuidado de una segunda madre, también chiapaneca, Leticia, que me enseñó a disfrutar de la lectura y me contó mitos griegos e historias de brujas y fantasmas en vez de cuentos de princesas, por ella me formé en las Letras Clásicas, por ella desde muy pequeña mi sueño fue entrar a la **UNAM**. Pero el camino siguió más allá de la Universidad y tuve valiosos maestros que me enseñaron que los límites sólo nos los imponemos nosotros mismos.

COLECCIÓN MISCELÁNEA



Proyecto Naveluz:
Benjamín Barajas, **director de la colección**

Édgar Mena
Edición y formación

© Rita G. Cerezo, 2014, por los textos,

© Guillermo Res por la ilustración de portada.

Primera edición, 2014

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México, por lo que no pueden reproducirse, almacenarse en un sistema de recuperación, o transmitirse en forma alguna por medio de cualquier procedimiento, sea este mecánico, electrónico, de fotocopia, grabación o cualquier otro que no se haya descubierto aún, sin el previo permiso del autor o del editor.

Proyecto Naveluz

Impreso en México Printed in Mexico

No empiecen
sin mí

Rita Cerezo



ALLAN

TE ENCONTRÉ EN LA POLVOSA ESTANTERÍA
del pasillo por nadie visitado,
y en tus letras se tornó mi inocencia
en la sombra de un ángel expulsado.
Solitaria a la vista de todos,
me volví de una "especie rara",
de esos bichos que en ningún lado encajan:
ni fiestera ni triste ni ermitaña
ni agresiva ni dulce ni perversa,
tal vez sólo sombría y algo extraña.
Mas, aún en la frívola apariencia,
negras alas me siguen cobijando,
las que tú me ofreciste aquella tarde
cuando allí te encontrara abandonado,
en las hojas gastadas donde se hallan
de macabra poesía tu alma,
y esa melancolía que no cesa

*y a mi espíritu le susurra incesante,
mientras me hace sentir su aliento helado
y abrigador, paradójico amante,
que cada noche, al pronunciar sus versos,
con sus palabras a mis labios besa.*



NO EMPIECEN SIN MÍ

Era sábado a las 7 p.m. y el departamento de los Sánchez estaba casi en completa oscuridad, los fusibles y los focos funcionaban perfectamente, pero desde hacía tiempo atrás, todos los sábados, cuando el sol se empezaba a ocultar, Martha y sus hermanos acostumbraban apagar las luces y encender las velas para contar historias de fantasmas. Ya era noviembre y el frío empezaba a calar un poco más, así que cada quien agarró una cobijita y se la puso en la espalda; Tito agarró también al viejo Pancholo que, al sentirse apapachado comenzó a ronronear.

Arriba, en la azotea de la casa, Alberto escuchó a sus hermanos que ya estaban listos en la sala y les gritó para que no iniciaran sin él, porque bajaría más rápido que un rayo, así que dejó tirados sus bloques de madera para ir corriendo escalera abajo. Siempre le había gustado ese rincón, era su escondite, su guarida, y había intentado compartirla con los demás, pero a ninguno de sus otros hermanos le complacía estar entre tinacos, tubos y ropa que escurría; además, eran mayores que él, por eso se había acostumbrado a jugar solo y lo disfrutaba. Pero la hora de las historias, eso era otro cantar, porque a todos les gustaba juntarse cada semana a

contar los cuentos más horribles, incluso hacían competencias para ver quién lograba infundir más miedo, aprovechando que estaban completamente solos, pues era el día en que sus padres iban al Centro de compras. Terminaban justo antes de que ellos llegaran y así tenían tiempo para olvidar el miedo frente a una taza de chocolate caliente.

Alberto alcanzó a escuchar que Martha iniciaba con la primera historia y corrió más de prisa, pero al llegar al segundo escalón tropezó con la agujeta desatada de su tenis derecho y no logró sujetarse del barandal así que cayó sin freno hasta el final de la escalera de caracol, golpeándose la cabeza con uno de los ladrillos sueltos del viejo muro de la cocina. Se levantó con mucho trabajo y se sobó la cabeza, limpiándose la sangre que le salía de la frente y así, sucio y adolorido, entró llorando en la sala buscando el consuelo de su hermana Martha.

Cuando la puerta se abrió, el aire hizo que las velas se apagarán, Pancholo se erizó y chilló tan fuerte que todos se asustaron y empezaron a gritar.

—No sean tontos —los reprendió la hermana mayor— fue sólo el viento.

Y Martha se levantó haciéndose la valiente, aunque le temblaban las piernas. Prendió uno de los cerillos y se acercó al altar de muertos a encender las velas que se habían apagado. Entonces tomó con cuidado la fotografía de su hermano Alberto, muerto un año antes y le dijo:

—Esta historia va para ti, Albertito, ya sé que te gustan las que dan mucho miedo, aunque te den pesadillas, pero no te preocupes porque todos vamos a velar hoy contigo. ❀



MÁS ALLÁ

ME DUELE HASTA LA ÚLTIMA VÉRTEBRA,
ésa que no debía existir,
la prueba de mi evolución extraña,
mi vestigio de eslabón perdido,
de mi instinto perdido,
ahora de mi conocimiento perdido,
perdido en el clímax de una verdad ficticia,
después de abrir los ojos a una realidad mentirosa.
Me duele, pero me siento nueva,
renacida después de mis dos muertes.

Dicen que nadie vuelve de aquel lado,
que, si algo vuelve, nunca será lo mismo:
éso que dicen nunca nos han mentido,
porque al cruzarlo, me transmuté en un río,
cobijada por tus aterciopeladas plumas,
y tu voz suave en un bautizo ígneo.
Aquella fue de esa noche la primera
y más allá del umbral quedó su imagen,

*la que yo dibujé en el miocardio,
su imagen surrealista que se volvió cenizas.*

*Respuesta contundente a mis blasfemias
y después me mandaste de regreso,
ahora, igual que entonces, de regreso,
apenas un vistazo, un recuerdo
congelado en ínfima fracción de un tiempo
que se pierde en la memoria y en el viento.
Y de este lado después, tal como Ariadna,
tras crudo despertar en la cruel Naxos,
hallé el camino a casa, mi verdadera casa,
en un carro de fuego,
llevado por ménades etéreas, por panteras,
y me morí otra vez durante el viaje,
mi muerte dividida en mil pequeñas
que me trajeron nuevamente vida
y que desvanecieron su materia.*



SIN EQUIPAJE

En el largo pasillo tan desolado de aquel edificio de apartamentos, tan silencioso, esa tarde irrumpió escandalosamente el estruendo de una puerta cerrándose con violencia. Unos segundos después, sus tacones resonaban, cada paso un poco más fuerte, un poco más rápido, reflejado en el eco de esa ausencia de cosas y de empatía que colmaba su vida hasta ese día. Sólo volvió el silencio hasta que se detuvo frente al elevador.

Su delicada mano, perfectamente arreglada, con las uñas de gel puestas y pintadas recientemente, apretó el botón y la puerta se abrió casi de inmediato. Entró. Lo último que sus padres vieron fue esa larga cabellera rubia que tantas discusiones había causado en casa. No llevaba equipaje, pero no necesitaba nada de lo que se quedó en su habitación: los jeans gastados, los tenis, los trofeos de su equipo de fútbol escolar... vestigios de un mundo masculino en el que nunca pudo encajar. ❁



IN THE DARKNESS

WHEN THE MOON IS ALONE IN THE SKY
*'cause the stars are behind the dark clouds
there is I, watching you, hunting you,
in your dreams, all of them become nightmares...
I'm the whisper you hear always at night
in the middle of rooms with no lights,
I'm the shadow you are feeling behind
when fear forces you to close tightly the eyes.
You can't run, it's too late to escape,
just stop and remember to pray,
feel the cold on your back and the chill
listen carefully to my approaching footsteps.
I'm so close, you can feel my warm breath,
But... what happens? You feel it so down...
look at the floor and I'm there:*

The most beautiful, charming black cat!



BÚSQUEDA

Voy de prisa. El auto salta como lancha de motor en un mar agitado y salpica a un transeúnte que imprudentemente intenta cruzar cuando yo tengo el siga. Miro en el espejo retrovisor para asegurarme de que está bien y no tengo que detenerme, pero parece que él ni siquiera se ha dado cuenta de que estuve a punto de arrollarlo y continúa cruzando con un andar torpe y tambaleante. Seguramente está borracho o drogado.

Falta poco, pero, mientras más cerca estoy, los minutos son más largos. Finalmente llego. Vuelvo a intentar llamar mientras subo la escalera. Es inútil. Escucho el timbre del teléfono en la bocina y su eco rebota en las paredes del pasillo vacío que lleva a la puerta de entrada.

Tengo la llave lista. No es necesaria porque la puerta está entreabierta. La empujo e introduzco mi mano derecha palpando la rasposa pared en busca del *switch* y aprieto una, dos, tres veces. No hay luz.

Empujo un poco más y no alcanzo a distinguir nada, es como la entrada a esas grutas a las que fuimos las vacaciones pasadas, ahora sólo puedo recordar el terror que sentí cuando el estúpido

guía, apenas habiendo recorrido unos metros, nos dejó a oscuras y dijo que su linterna se había quedado sin pilas, para luego reírse como un idiota. Afortunadamente traigo el celular, pero es tan viejo... su luz apenas es suficiente para no caerme, mas no para buscarte.

Te llamo con voz temblorosa, la puerta no abre totalmente porque no lo permite esa maceta que no has querido tirar, a pesar de que el ficus que sembramos murió hace más de un año. Me estremezco al recordar el ficus-cadáver y, sin pensar, entro con prisa, lo que me hace tropezar y caer estrepitosamente en el frío mosaico gris. ¡Estúpido cable de teléfono! Nunca me di el tiempo de fijarlo bien a esa impenetrable pared de concreto, a pesar de que sabía que podía ocasionar un accidente. Ahora heme aquí, tirado en el suelo y completamente a oscuras porque el celular salió disparado de mi mano al caer.

Tengo que superar mi nictofobia y levantarme. Trato de no pensar y olvidar este miedo irracional y el dolor en la rodilla. Palpo el suelo buscando un apoyo. El sofá debería estar a la derecha, pero antes de encontrarlo mi mano se moja en un líquido viscoso. ¿Qué es esto? No me queda otra que seguir. El terror me impide levantarme por mí mismo, así que me arrastro un poco, sólo un poco, hasta que por fin siento el sillón acolchonado. Subo guiado por las manos y llego a las cortinas que están detrás. Aunque es de noche, abrirlas me resulta de gran ayuda, al fin puedo distinguir un poco las cosas, no encuentro mi celular, pero sí me puedo ver las manos y, aunque están pegajosas, no están rojas: es sólo miel lo que está derramado en el piso. Respiro un poco tranquilo y sonrío, ¿en qué estaba pensando? Pero no estás en la sala y debo hallarte, así que me paro para seguir buscando.

Camino hacia el fondo de la habitación tratando de evitar pisar la miel, aunque ya es muy tarde para mis pantalones. El frasco

de vidrio está roto justo frente a la puerta de la cocina, como si alguien lo hubiera lanzado desde allí. ¿Has sido tú?, pero ¿por qué lo habrías hecho? Me decido a entrar, aunque de nuevo el temor de lo que podría encontrar se apodera de mí. Tomo el picaporte y me astillo la mano con algún residuo de la madera rota, ni siquiera debo darle la vuelta. De nuevo todo está a oscuras, así que entro con la espalda pegada a la pared y de esa forma recorro el largo de la habitación, pero ya al segundo paso me resulta difícil no tropezar, pues mis pies chocan con un montón de cosas tiradas en el suelo, pequeñas y grandes.

Siento una corriente de aire frío. La puerta del patio interior está abierta y vuelvo a llamarte mientras entro. Ahí estás, sentada, temblando en un rincón hasta el fondo. Voy hacia ti y sólo hasta que estoy cerca me doy cuenta de que el bulto entre los dos no es una bolsa de basura: es un cuerpo, un cadáver con un cuchillo clavado en la frente.

Te pregunto si estás bien, pero parece que estás en *shock*, así que tendré que averiguar qué pasó por mi cuenta antes de llamar a la policía. No hay mucha luz, aunque la poca que se cuela de la luna me permite notar que no hay sangre fresca ni en el suelo ni en su herida. Es raro, no es posible. No encuentro una explicación a lo que veo y aún así la imagen me resulta muy familiar. Instintivamente busco heridas en ti antes de acercarme, pero no veo nada. Me acerco y te abrazo. Pareces reaccionar, intentas explicarme, pero te abrazo más fuerte y te digo que todo va a estar bien. En ese momento recuerdo al tipo que estuve a punto de arrollar, su imagen se reproduce en mi mente con gran detalle y los latidos de mi corazón se aceleran al mismo tiempo que se escucha un ruido en la entrada. Ahora recuerdo que no cerré la puerta. ❀



PLUSCUAMPERFECTO

NO SUCEDIÓ NADA... Y SIN EMBARGO HA OCURRIDO:
un terremoto latente, un tornado, una avalancha;
cadáveres que se pudren, locura, desequilibrio;
las miradas que se pierden, la cordura que se marcha,
como se marcha el instante que nunca podrá haber sido.



EL ESQUITE DEL DESQUITE

Cuento a dos voces con Sabina Guzmán

Mariana se encontraba aquella tarde, como muchas otras, tratando de estudiar, porque soñaba con tener una vida mejor cuando fuera mayor, una vida en la que fuera independiente y pudiera vivir en su propio departamento, escuchar su música al volumen que se le diera la gana y...

– ¡¿Qué hacen esos platos sucios en el fregadero?!

– No lo sé, yo lavé los míos, deben ser de Adolfo. —Respondió Mariana al escuchar el grito de su abuelo, que nunca fallaba para interrumpirla cada vez que intentaba concentrarse en algo.

– ¡Tu hermano está haciendo la tarea! ¡Lávalos tú!

– Siempre me toca a mí lavarlos, ya habíamos quedado que un día y un día y Adolfo se hace el tonto. ¿Por qué no mejor me toca pasear al perro?

– Porque esas son cosas de viejas y tú eres la única vieja aquí. Y si tantas ganas tienes de salir, después de lavar los trastes te me vas por un elote y unos esquites, que se me antojaron. Con mucho chile del que pica.

El abuelo de Mariana había crecido en el campo, con ideas muy marcadas sobre lo que debían ser y hacer los hombres y las

mujeres, era un tipo rudo y había quedado a cargo de sus nietos al morir su hijo y su nuera en un accidente; desde entonces las cosas para Mariana habían sido difíciles, pues era la única mujer en la casa y, hasta la muerte de sus padres, había crecido en un entorno completamente diferente, soñando con ser como su mamá, actriz en una compañía de teatro independiente que creía firmemente en la igualdad de géneros.

– Si mi mamá estuviera aquí, iríamos todos por los esquites y seguro hasta al cine. A veces creo que sólo me ven cuando quieren un favor, ni a la Cenicienta la trataban así. Un día me voy a ir de aquí, pero antes me la van a pagar todos.

– ¿YA TERMINASTEEREE? ¡APÚRATE O SE VA A IR LA DE LOS ESQUITES!

Mariana se enjuagó las manos y tragándose el coraje, salió de la casa azotando la puerta. Y así, la niña emprendió su camino hacia el mercado, sintiéndose un poquito más libre a cada paso que daba, después de todo cualquier pretexto era bueno para salir de la casa, lejos del abuelo macho y el paria de su hermano. Pero aún no había terminado la segunda calle cuando se empezaron a oír voces cada vez más fuertes de un gentío:

– ¡Se ve! ¡Se sientel! ¡El pueblo está presente!

Al llegar a la esquina, una turba cruzó frente a la niña, que no vio cómo pasar del otro lado, cuando lo intentó, quedaba atrapada entre la gente que la atropellaba y la llevaba entre sus piernas, mientras Mariana intentaba escapar inútilmente.

– Me da permiso por fa... Disculpe..., me estoy alejando mucho... Por favor déjeme pa...

Su voz, apagada por los gritos de la turba, no era escuchada por nadie, y quién sabe hasta dónde habría llegado la niña entre esas piernas anónimas si, unas cuabras más adelante no se hubiese escuchado una sirena, la de una "julia" cargada de granaderos que

habían sido enviados a calmar la situación y, con lujo de violencia, comenzaron a despejar a la gente a macanazos, subiendo a los que no alcanzaban a escapar a sus camiones enrejados. Mariana asombrada, pues antes de llegar con el abuelo a la ciudad, había vivido en un pequeño pueblo, sólo atinó a decir:

– ¡Guauuuuuu, Robocop sí existe!

– ¿Cuál Robocop, chamaca rebelde? Tan chiquita y ya alborotando el orden público, sólo por eso vas a ir a los separos, órale trépese.

Y ahí adentro, entre apretujones y empujones, su celular comenzó a sonar, con trabajos pudo sacarlo y por primera vez le dio gusto ver el número del abuelo en el identificador, pues pensó que seguramente él sabría de qué se trataba todo esto e iría a rescatarla de situación tan confusa.

– ¿Bueno? ¿Abuelo?

– ¿Dónde chingaos estás? Ya tengo hambre.

– Estoy en un camión, los rob....

– ¿Cómo que en un camión? ¡El mercado está a unas cuantas cuadras! No voy a fomentar tu flojera, regresando quiero mi cambio completito.

Y sin que la pobre y aturdida Mariana tuviera siquiera tiempo de explicar algo, el abuelo le colgó.

– Mi abuelo es peor que los bancos, no perdona ni un peso ese viejo tacaño.

En esos pensamientos andaba la muchachita cuando por fin el camión se detuvo, habían llegado a la Delegación, ahí los bajaron a todos para pasarlos a los separos, pero antes los formaron para ficharlos y fue entonces cuando un estudiante de leyes notó la presencia de la niña.

– ¿A dónde llevan a esa menor? ¡Ella no puede estar aquí sola! ¿Por qué te trajeron? – Dijo esto último dirigiéndose a Mariana.

— Yo sólo iba al mercado por un esquite para mi abuelo, cuando los robocops me metieron a un camión.

— ¡Eso es secuestro! ¡Privación ilegal de la libertad! ¡Voy a levantarles una demanda y a hacerles un periodicozo si no la dejan salir ahora mismo! ¡Tengo contactos muy buenos en *La Jornada*!

— Ya, ya, joven, no se altere, tranquilo. Fue un error ¿a poco usted no es humano? *Errare humanum est*, usted debería saberlo. Llévase la y ahí murió. —Dijo uno de los jueces que estaban ahí cerca y escuchó el alboroto armado por el joven.

— *Dura lex sed lex*, acuérdesse usted también, con ella no valen los errores.

El estudiante entonces, después de preguntarle dónde vivía, acompañó a la niña al metro y le dio 3 pesos para su pasaje, pero entonces recordó:

—Chin, ya subió a 5 y no tengo más, apenas voy en tercer semestre de la UNAM, nomás me alcanza para un boleto. 'Orita le pedimos a alguien pa' completar.

Pero al entrar a la estación se encontraron con un contingente de #Posmesalto y los dos pudieron entrar sin tener que botear. Después de un rato se separaron, cuando ella por fin, después de 3 horas, pudo regresar a casa. Pero, al salir del metro, descubrió que afuera estaba cayendo un verdadero diluvio con granizo y toda la cosa; aún así la casa estaba cerca y Mariana prefirió arriesgarse antes que morir de frío ahí, pues, con eso del cambio climático y la prisa, había salido sin suéter. Sin embargo no logró avanzar mucho, pues antes de llegar a la esquina, cayó estrepitosamente al resbalar en una de esas rampas mal hechas que parecen construidas para bajarse a rapel.

Nadie vio a la chica caer, ya que al parecer todos estaban resguardados bajo algún techo cercano, por eso pasó algunos minutos

sin conocimiento sobre el suelo mojado, hasta que el vibrador de su celular la hizo reaccionar.

— ¿Dónde estás? ¡Te he estado llamando y me mandas a buzón! ¡Niña ingrata! ¿Y mi esquite? ¿Eh?

— ¿Qué? ¿Dónde estoy?

— ¡Eso lo pregunto yo! ¡Más te vale que te apures y traigas el cambio completo!

Otra vez se quedó con las palabras en la boca a medio abrir, cuando escuchó al abuelo colgarle el teléfono, con la cabeza doliéndole como si estuviera a punto de explotar y el cuerpo congelado y maltrecho, porque el granizo la cubría. Apenas podía moverse por lo atontada que estaba y asomó la cabeza, lo primero que vió fue un perro que, luego de olfatearla, comenzó a escarbar.

—Solobino, Solobino... Fi fi fi fi ¿qué hacesssss, Solobino?— dijo una voz balbuceante tras el perro, quien respondió con dos fuertes ladridos.

El hombre se acercó tambaleando y al ver a la niña la terminó de sacar del montón de granizo. Ella temblaba de frío y el temblor le impedía hablar, pero reconoció al teporochito que todos los días veía sentado en la banqueta, afuera de alguna de las tienditas que había camino a casa al regresar de la escuela. Todos se alejaban de él al pasar y su hermano, junto con otros mocosos del barrio, se divertían burlándose a sus costillas.

—¡Pero si estás congelada! A ver Solobino, ven y acuéstate junto a ella. Mira toma un traguito de este ron, te devolverá el calor, abre la boca— Del susto hasta la borrachera se le había bajado a don Pedro, quien así se llamaba.

—GLU GLU GLU GLU. —Dio otro trago Mariana al sentir el calor en el estómago que se fue esparciendo por todo su cuerpo.

—¡Ay mira, saliste muy vivita, casi te acabas el Nacardi! Nomás era pa' entrar en calor, tú estás muy chiquita para estos vicios que no te llevan a nada bueno, mira que te lo digo yo.

—¡Mushassssss graaaaaaziasssss, señor! ¡graziassshhh Sholovinito! Estásss re' bonitoooo, te pareces a mi abuelo, pero tú sí eres buenooooo.

—Bueno, ya estás bien, borrachita, pero bien y creo que vives aquí cerca, ¿no, mija? Vete derechito a tu casa, yo mejor me pinto de colores porque si no me van a echar bronca y van a decir que te emborraché a propósito. Cuidese, chamaca.

Y despidiéndose de don Pedro, Mariana se fue zigzagueando, ya había oscurecido y todo lo veía doble, así que no pudo leer los nombres de las calles y dio una vuelta equivocada que la llevó justo a las puertas de una carpa de feria, dentro de la cual se escuchaba a un grupo de gente abucheando.

—¡Son ustedes unos nacos! ¡No saben contemplar la poesía y el arte! ¡Yo he cantando en los mejores escenarios! ¡Soy una artista!— gritaba indignada una mujer de vestido brillante y rostro colorido. A lo que un miembro del respetable respondió con un:

—¡De tu arte a mi arte, prefiero mearte! — causando las carcajadas del público.

—¿Qué les pasa? ¡Yo no tengo por qué aguantarlos! ¡Soy una artista! Estuve en *La Academia* y *Cantando por un sueño*. ¡Merezco un trabajo con prestaciones, ISSSTE o ya de perdís Seguro Social! ¡Me voy!

Y la mujer desapareció tras las sucias cortinas de terciopelo, dejando sólo el zumbido del micrófono al caer al suelo. La niña entonces, guiada por ese zumbido, entró al escenario y recogió el aparato, levantó la vista y descubrió el relajo que se traía el público, lo que la hizo reír.

—¿Es la hora del karaoke? ¡Éshenme una de la Da'recio!

Y la música, que parecía venir de todos lados, comenzó a sonar, no era la Da'recio, pero al escucharse los primeros compases del Pepe Pepe, el público rugió enardecido y Mariana comenzó a cantar a todo pulmón:

*Ya lo pasado, pasado.
no me interesa.
ya me perdí y regresé,
y todo el ron me acabé.
Ya llegué,
ya llegué*

—SIIIIIIÍ ¡Bravo!

*Por un esquite él me mandó hasta el mercado
y a la tira me encontré, y torniquetes salté.
Porque en el metro grité:*

"¡Pos me salto yo, pos me salto yo!"

—¡POS ME SALTO YO, POS ME SALTO YO! —Coreaba la gente divertida de ver a Mariana, pensando que la niña hacía una excelente imitación de la Chupitos, pero cuando la escuincla volvió a abrir la boca para cantar sintió cómo los frijoles con queso que se había comido a media tarde comenzaban a revolverse en su interior y tuvo que salir corriendo para no salpicar a la multitud que la aclamaba.

— Ay, no vuelvo a tomar, juro que no vuelvo a tomar. Yo sólo quiero acostarme en mi cama ¿Pa' dónde está mi casa?

— ¿Qué haces aquí, chamaca? Ya es muy tarde, ¿dónde están tus papás? ¿dónde vives? —Le preguntó un policía al verla parada en la esquina.

— Voy a la calle Delicias, oficial, ¿sabe dónde es?

— Ah pos andas un poco perdidita, está 2 calles a la derecha, luego 1 a la izquierda, 3 más a la derecha, das media vuelta a la izquierda y

3 pasos hacia el Este. No hay pierde. Te me vas derechita y ya ahorita porque este barrio no es muy recomendable. Aváncele, aváncele.

Y ya un poco más repuestita después de tremenda guacareada, Mariana reinició su camino, pensando todavía en que ojalá encontrara los esquites, porque temía que el viejo fuera capaz de no dejarla pasar si llegaba sin ellos.

Afortunadamente, a sólo una calle del mercado, alcanzó a ver el puesto de elotes y estaba por atravesar cuando su hermano le salió al paso.

—¿Dónde estabas? ¡Apesta! ¡Nomás de olerte ya me estoy embriagando! ¡Eres una zorra!

—Espérate baboso, ya ahorita compro los esquites, me pasaron muchas cosas, pero a eso voy, mira. —Mariana sacó el dinero y le señaló el puesto, pero el hermano sólo miró el billete y de inmediato se lo arrebató.

—¡Pos ibas! ¡Yo necesito esto pa' acabar el *Street fighter*! —dijo y salió corriendo hacia las maquinitas de la tienda de Don Melchor.

—¡Hijo de la...! Ay no, mi mamá sí era bien chida. ¿Y ahora qué voy a hacer?

Desde el puesto, otra niña miraba a Mariana, era Guadalupe, la vendedora de elotes y esquites, quien, al verla llorar, caminó hacia ella con todo y su carrito.

—¡Llévelo! ¡Llévelo! ¡Calientito y llenador! ¡Con limoncito, chilito y quesito pa'l dolor! ¿Esquite pa'l desquite? ¿pa'l dolor?

—Si tuviera dinero... pero mi propio hermano acaba de llevárselo. ¿Cómo quieren que no haya violencia en el país si en tu propia familia te bulean? Asssssh.

—¡Sí yo debería estar estudiando por mi futuro! ¡Pero 'hora tengo que trabajar hasta tarde para pagar los impuestos de las droga colas de mi papá!

—¡Ya basta! —dijo Mariana, ¡Tenemos que hacer algo!

—¡No más esquites! ¡Mejor nuestro desquite!— Le respondió Lupita entusiasmada y le ofreció un esquite a Mariana como para sellar un pacto.

Y rato después la niña llegaba a casa con una gran sonrisa.

— ¡Ya llegué, abuelito!

— Un mes tarde, nutria inmunda, ¿dónde están mis esquites, mi elote y mi cambio?

—Aquí están, abuelito, me tardé porque tuve que botear para juntar el dinero que me robó mi hermano.

—Ya vas a echarle la culpa a los demás de tus tonterías, típico de las viejas. Me dijo tu hermano que te fuiste de perdida, tan chiquita y tan... ¡Trae acá! ¡Voy a empezar con este elotito que se ve tan tiernito! MMMMMM

Y el abuelo cerró los ojos y abrió la boca lo más que pudo para darle tremenda mordida al elotazo, pero no pasaron ni 5 segundos cuando de nuevo abrió los ojos grandotes como platos y su cara palideció.

—Mmmmmmmmmmd, mmmjmmm.

Jaló con fuerzas el elote que parecía no poder separarse de su boca y se oyó un sonido como el que produce una botella al ser descorchada en las grandes celebraciones. Entonces el abuelo, ya sin dientes, comenzó a maldecir.

—¿Qué shingaos hijiste, nutria inmunda? ¡Esto no es mayonesa, es resistol! ¡Mis dientes de resina! ¡Salieron caríjimossss! ¡Los aruinastesssss!

Y Mariana, riéndose a carcajadas, salió corriendo de la casa. Esa fue la última vez que su abuelo y su hermano la vieron.

Mientras tanto, en la casa de Guadalupe, su mamá encontró el carro vacío y una carta donde la pequeña se despedía de ella.

Mamá:

Aquí te dejo tu carro de elotes y el dinero de hoy ni lo busques. Ya me cansé de ser explotada, yo quiero estudiar y ser actriz de radioteatro, por eso me voy lejos de ti. Adiós.

Lupita.

Y así, Mariana y Lupita dejaron una mala vida y se volvieron artistas callejeras, porque a Mariana le había gustado la cantada y a Lupita no se le daba mal el teatro. Cuidándose la una a la otra crecieron y se unieron a la carpa de feria donde triunfaron y pronto formaron parte del elenco de un teatro importante, y eso fue posible porque esto es un cuento y en los cuentos no hay gente tan mala como en la realidad y sólo basta soñar y luchar con constancia para cumplir lo que deseamos, y eso basta para vencer la maldad, la corrupción, el desempleo, la falta de equidad, porque si Mariana y Lupita hubiesen vivido aquí, otra hubiera sido la historia. ❁



PERDIDOS

Aquella tarde llegué de la prepa y al entrar a la casa encontré de nuevo la mesa sucia con varias botellas vacías de alcohol y refresco; ya tenía un tiempo que las visitas de aquel hombre se habían hecho frecuentes y ese espectáculo no era raro. Sabía bien lo que venía, así que entré a mi recámara para dejar la mochila e irme a la calle, pero fue un error, porque desde mi ventana puede ver que él regresaba y ya no hubo forma de salir. Sólo había ido a reabastecerse.

En ese entonces mi cuarto no tenía puerta, yo no quería ni verlo ni hablarle, así que lo único que se me ocurrió fue meterme abajo de la cama, y no porque le tuviera miedo —hacía mucho que había dejado de tenérselo— ni lástima ni nada, sólo desprecio... odio. Y estaba tan borracho que hubiera sido muy fácil empujarlo, pero le tenía tanto rencor que eso no hubiera sido suficiente.

Empezó a decir muchas cosas sobre mí, hablaba solo, gritaba que en cuanto me viera me iba a golpear, porque yo no era más que una carga, porque no causaba más que problemas y mi mamá era una tonta, una alcahueta que no estaba haciendo más que empeorar la situación. Me costó mucho trabajo no salir, pero si salía seguramente lo habría matado, imaginé mil maneras de hacerlo:

romper una de sus botellas y cortarle la garganta y, mientras seguía vivo castrarlo, igual que Cronos a Urano, pero Cronos se volvió peor que su padre y yo no quería parecerme nunca a él.

No sé cuánto tiempo pasó, porque pensando en eso me quedé dormido. Cuando desperté ya era de noche y todo estaba en silencio. Supongo que así son los despertares de los niños muertos: a oscuras y después de sueños llenos de color rojo que se escurren hasta la realidad. Me quedé un rato acechando como gato, atento a cualquier movimiento, pero no hubo ninguno y pude salir seguro de que el tipo se había marchado.

Qué equivocado estaba, cuando llegué al umbral de la puerta me encontré con ellos, parados frente a mi casa, sonrientes, el que parecía ser el jefe me miró directo a los ojos, sonrió aún más, mostrándome los dientes y señaló con su cabeza al suelo: ahí estaba el hombre, temblando de miedo, como tantas veces había temblado yo al ver la hebilla de su cinturón brillar.

—Es hora de tirar la basura —Me dijo David, el líder, y todos rieron.

Entonces comprendí que sus palabras eran una invitación para unirme a ellos, pero esa invitación tenía un precio. David notó que dudaba y, como si de un costal se tratara, levantó al hombre y lo arrojó sobre la parte trasera de su motocicleta, luego le pidió a uno de los muchachos que me llevara con él y me dijo que subiera a su moto, que íbamos a dar una vuelta. Esa fue una noche *sui generis*, yo sólo me dejé llevar por ellos, pero fue como estar en un delirio febril, como si mi cuerpo estuviera ahí, pero mi mente siguiera escondida debajo de mi cama y lo viera todo desde ahí.

Entramos a una tienda y salimos con varias cosas que no vi que nadie pagara, y de ahí nos fuimos con algunas chicas que sólo querían pasarla bien. Y la pasaron bien por un rato, hasta que David dijo que empezaba a tener hambre: a una señal suya

todos empezaron a besar con más entusiasmo a las muchachas, en las mejillas, en la boca, en el cuello; los besos se volvieron más violentos, se volvieron mordidas, y los gemidos, gritos. Pero en poco rato había vuelto el silencio.

David me ofreció una copa de vino, caminó hasta aquel tipo, del que casi me había olvidado, y le susurró burlón que después de beberla sería su turno. Yo acerqué el caliz a mi boca y me remojé los labios, era tan exquisito el sabor de aquel elixir que lo hubiera apurado hasta el fondo de no ser porque escuché la voz quejumbrosa del hombre y a mi mente llegó la imagen del cuadro de Goya: "Cronos devorando a sus hijos".

—No, no voy a convertirme en algo peor que él —me dije, y arrojé la copa al suelo.

—Por eso para ti esto sólo será un sueño —David soltó una carcajada que me heló la sangre y se avalanzó contra el pobre imbécil que imploraba clemencia y me pedía ayuda. Pero yo no podía ni moverme.

Desperté bajo la cama, con un dolor de espalda terrible, salí con trabajos y fui hasta la cocina donde mi madre preparaba el desayuno. El olor a caldo de gallina, el favorito de él para curarse la resaca, hizo que mi estómago se revoliera. Un vago recuerdo de la pesadilla cruzó por mi mente y tuve que ir de prisa al baño a vomitar, pero ella ni siquiera lo notó.

—Apúrate, que ya se te hace tarde para la escuela. ¿Viste a qué hora se fue tu padre anoche? ¿Te dijo a qué hora regresaba?— La escuchaba decir con la cabeza en el escusado mientras encendía la licuadora para prepararle una de esas asquerosas "pollas" de jerez. No podía más la imagen era patética y lo sería más cuando él se apareciera y ella lo mirara con ojos cursis de quiceañera enamorada.

Me arreglé lo más rápido que pude tratando de disimular mi mal estado, no quería estar cuando llegara, pero no volvió ese día, ni los que siguieron, y por varios años mi madre me miró con ojos recriminadores tratando de indagar en los míos qué había pasado aquella noche, para ella yo era el único culpable y a veces me pregunto si existía alguna culpa, pero vienen a mi memoria los ojos de David y no veo en ellos maldad o crueldad alguna, sólo rabia, la misma que yo sentía entonces, la misma que reconocí varias veces en el espejo antes de aquella noche, como si ambos compartiéramos los mismos ojos. ❁



UN BESO

QUIERO QUE CON UN BESO ME ROBES EL ALIENTO,
que me lleves al umbral del otro mundo
y que por un segundo,
que por sólo un momento,
me regales la muerte
lo que dura tu beso



MENSAJERO DE MUERTE

Apareció una fresca mañana de noviembre a los pies de mi escritorio, la noche anterior, igual que muchas otras, había trabajado hasta tarde y me quedé dormido frente a la computadora, ni siquiera cambié mi ropa y la cama seguía tendida, porque no me tomé ningún descanso después de comer, ya que el trabajo era urgente. El frío de la mañana me despertó y temí que fuera muy tarde para enviar el correo —si tan solo no hubiese tomado ese “pequeño descanso” para revisar mi muro—, pero miré el reloj de la computadora y, aliviado, me levanté para lavarme la cara y regresar a concluir, sin embargo, al dar el primer paso, sentí un dolor agudo en el pie derecho, lo cual me hizo precipitarme al suelo.

Tras mi escandalosa caída y la maldición que le siguió, puse atención en la culpable: una bolsa opaca que la noche anterior no estaba ahí y ahora yacía sobre la alfombra naranja frente a mí. Un escalofrío recorrió mi espalda, porque el único que vivía conmigo era Esteban, mi gato, y era demasiado obeso y holgazán como para haber traído en el hocico un paquete que casi alcanzaba la mitad de su tamaño. Debí suponer que esa misteriosa aparición era un

augurio fatal, porque nunca antes había sentido el frío que me envolvió esa mañana y me despertó de mi apacible sueño, sólo para volverme a sumir en otro sueño al poco tiempo, esta vez eterno.

Me levanté con dificultades para abrir las cortinas que mantenían en penumbras mi habitación, pude cerciorarme de que las ventanas tras de mi escritorio estaban cerradas, igual que las de al lado de mi cama. Nadie pudo entrar al cuarto por ahí. El asunto se volvió más inquietante para mí y fui cojeando a la puerta de entrada. Cerrada también. Entonces ¿cómo llegó la bolsa a mi cuarto? ¿quién la puso ahí?

Caminando de regreso al dormitorio, después de revisar otras ventanas en una búsqueda estéril por la entrada para un posible intruso, escuché unos ruidos dentro del cuarto. Me detuve en medio del pasillo petrificado por el miedo. Iba a dirigirme hacia la puerta pero escuché el maullido histérico de Esteban y el ruido de mi lámpara de mesa estrellándose contra el suelo. Un animal que no pude identificar completamente pasó corriendo junto a mí y detrás de él venía el regordete Esteban intentado correr, aunque sin mucho entusiasmo, como por no dejar que se extinguiera del todo su instinto cazador.

Me reí de mí mismo. El misterioso intruso era una arditlacuarigueya mutante salida seguramente del parque cercano. "Las desventajas de vivir en la planta baja de un edificio más viejo que mi abuela" pensé, y, como pude, volví al cuarto para encargarme del asunto primordial: mi herida. La criatura ya saldría después por donde había entrado y sólo tenía que estar atento para cerrarle el acceso a mi departamento.

Entré al baño y busqué el botiquín inexistente que siempre pensé en armar para emergencias. Esta era una de esas posibles malditas emergencias y ahora deseaba haber sido más precavido,

no quedaba más que lavarme con agua y retirar los vidrios clavados en la planta del pie. Ahora que el miedo había pasado, de pronto regresaba por otra razón: no podía parar lo que para mí, que sufría de hemofobia, parecía una hemorragia imparable. Me di cuenta hasta ese momento que había dejado un camino de sangre por todo el departamento y me sentí mareado. Lo único que atiné a hacer fue intentar envolverme el pie en una toalla con la que ni siquiera pude formar un torniquete porque en un abrir y cerrar de ojos ya estaba en el suelo.

No sé cuánto tiempo estuve ahí, inconsciente, pudo ser un minuto o tal vez horas, pero me desperté con un terrible dolor de cabeza y dificultad para respirar mientras el inútil de Esteban empeoraba mi asfixia limitándose a observarme con curiosidad —¿o un gozo mórbido?— sentado en mi pecho.

Mientras estaba ahí, tumbado en el suelo sin poder siquiera ponerme de lado, sólo podía pensar en mi irónico destino: menos de veinticuatro horas antes celebraba mi libertad: por fin, después de un mes de chantajes y noches en vela discutiendo, me había librado de ella, y en ese momento lo único que pasaba por mi mente era que, si estuviera aquí, seguramente me habría ayudado. Eso era lo que pensaba mientras los ojos de Esteban parecían adivinar mis pensamientos, Esteban, mi gato, quien, a pesar de ser yo quien lo había adoptado, lo alimentaba y lo cuidaba, siempre la prefirió a ella; y ahora, por primera vez, se tumbaba sobre mí por voluntad propia. Por primera vez y en el momento más inoportuno. Pesaba demasiado, ¿cuántas veces le dije que no le diera tanto de comer?

Quise moverme pero no pude y entonces vinieron las náuseas y la muerte más asquerosa de todas. Ojalá no hubiera comido ese refrigerio de madrugada "para pasar la velada".

La policía entró al pequeño departamento y lo primero que vio fueron las huellas de sangre que iban y venían del dormitorio a la puerta. El hedor era insoportable. Al entrar el cuarto hallaron signos de lucha: una lámpara tirada en la alfombra y vidrios rotos esparcidos en el suelo, desde una bolsa negra que contenía restos de varios focos ahorradores hasta el lavabo donde también había huellas de sangre y un cadáver en avanzado estado de putrefacción.

No había nadie más y las cerraduras no habían sido forzadas; ni la de la puerta principal ni las de las ventanas. Se encontraron platos y comida para gato, aunque no había ningún animal en el departamento.

Las huellas dactilares encontradas coincidieron con la víctima y una mujer, la misma cuya fotografía estaba en el bote de basura de la habitación, Mariana Lombardi, estudiante de Química que aseguró ser la prometida de José Cabalaro, el hoy occiso, en cuyo perfil de Facebook, que se encontraba abierto en la computadora, pudo constatarse un reciente cambio de estado: de "en una relación" a "soltero".

En la búsqueda que se hizo en los alrededores se descubrió un hueco que daba al dormitorio del joven Cabalaro, oculto por las cortinas justo detrás del pequeño escritorio y lo suficientemente grande como para introducir la bolsa que se encontró a los pies de la silla. Dicho agujero había sido hecho a propósito, pues todavía quedaban restos del yeso que la pared había soltado durante su elaboración. Cerca del edificio de departamentos pudo hallarse parte una broca especial para dichas labores, en la que fue posible rescatar una huella parcial que correspondía a la señorita Lombardi.

También a pocas cuerdas, la oficial Ramírez encontró a un gato de mal aspecto en cuya placa de identificación constaba que el dueño era José Cabalaro. El informe médico señala que el animal presen-

taba envenenamiento por mercurio. Mariana Lombardi fue detenida de inmediato, la bolsa que contenía los focos tenía el tamaño justo para haber sido introducida por el agujero que había hecho y en ella se encontraron también restos de yeso; sin embargo, aunque también se encontraron evidencias de intoxicación por mercurio en el joven Cabalaro, no era lo suficientemente fuerte como para matarlo y la sospechosa sólo fue acusada de intento de homicidio.

Aquí estoy, tres metros bajo tierra porque no hubo nadie que dijera que prefería ser incinerado, Mariana lo sabía muy bien, pero supongo que si me odiaba lo suficiente como para ponerse a romper focos, hacer un agujero en mi cascajeada pared y meter ahí su veneno embolsado, no iba a preocuparse por lo que pasara con mi cadáver. Me hubiese gustado ver su cara cuando y le informaron que toda su molestia fue inútil, pues, aunque contribuyó un poco, por lo menos no le di el gusto de matarme, aunque el pobre Esteban no puede decir lo mismo.

Dicen que el crimen no paga, supongo que es cierto, mis asesinos están ahora tan fríos como yo y de hecho uno de ellos sigue aquí conmigo, adherido a mi cuero cabelludo, escondido entre esta enredada cabellera que tanto odiaba mi ex. Mariana hubiese logrado convertirse en mi asesina, pero sus planes fueron boicoteados por la intempestiva irrupción de la arditlacuarigüeya que empujó la bolsa hacia delante, dejando pasar la corriente de aire que me despertó.

Se te adelantaron, Marianita, y de todos modos soy libre, libre de ti y de ese trabajo esclavizante que tan harto me tenía. Por fin podré descansar sin estrés ni pendientes, ahora sí voy a poder dormir de corrido como hace tanto tiempo no lo hacía. Y ni siquie-

ra se cumplió tu maldición de podirme solo porque de aquí a la eternidad me acompañará esta enana gordinflona que hasta sus últimos momentos disfrutó chupándome la sangre. ❀



DISOLVENCIA

POR RATOS, SIENTO QUE ME HAGO TRANSPARENTE,
*que mi nombre se vuelve impronunciable
y mi piel y mi carne y mis huesos ya no existen:
por ratos, soy el árbol en el bosque,
aquél que se derrumba sin testigos.*

*A veces siento que me pierdo entre la gente,
y poco a poco me estoy volviendo nadie
que la ausencia, el olvido y la duda me persiguen;
y corro hacia tu noche,
donde nunca ha existido ni un camino.*

*Es difícil descubrir que no soy héroe,
sino parte de un tributo, vulnerable,
una chispa en la hoguera, que, anónima, se extingue,
ante los ojos de Narciso el noble,
el que con besos me enfrenta a mi destino.*

*Vine aquí con mi idealismo ingente
que, antes de mí, se ha muerto aquella tarde:
cuando en la desolada isla me perdiste*

*y me encontré tan sólo con tu nombre,
un nombre que no es más que un espejismo.
Camino sin poder reconocirme,
no sé ya si voy atrás o hacia adelante;
soy parodia de un mito, soy tu Psique,
la que te pierde por desear conocerte,
la que no entiende que tú no eres su sino.
Se rompió el escudo que había de protegerme,
y en la penumbra te permití acercarte,
no sólo a mí, sino dentro de mí, lo que no quieres,
lo que me hace morir en este escrito.
Y en el final yo nunca he sido un héroe,
y en el final no hay nada inevitable,
ni el dolor, ni el caos, ni aun el orden,
ni tu vacío ni mi propio destino.*



FIN DE LA JORNADA

El 11 de agosto comenzaron las clases, frente a la carpeta donde los profesores firmaban su asistencia había un letrero que muy pocos leyeron desinteresadamente:

Lamentamos el fallecimiento del profesor Juan Pérez del área de Talleres que este mes cumpliría 40 años de labor docente.

En la primera junta del mes, sin embargo, uno de los asuntos generales a tratar fue la muerte del profesor Pérez.

— ¿Alguien quiere decir algo? —Preguntó la coordinadora de área después de informar a todos lo ocurrido.

— Sí —Dijo el único que pidió la palabra. —¿Cuándo saldrá a concurso su plaza? ❁

ÍNDICE

ALLAN	7
NO EMPIECEN SIN MÍ	9
MÁS ALLÁ	11
SIN EQUIPAJE	13
IN THE DARKNESS	14
BÚSQUEDA	15
PLUSCUAMPERFECTO	18
EL ESQUITE DEL DESQUITE	19
PERDIDOS	29
UN BESO	32
MENSAJERO DE MUERTE	33
DISOLVENCIA	39
FIN DE LA JORNADA	41

No
empiecen

sin mí de Rita Cerezo se terminó
de imprimir en noviembre
de 2014 en los talleres de
CCH Naucalpan. La edición
consta de 150 ejemplares
númerados y firmados por
la autora.

DIRECTORIO

UNAM

Dr. José Narro Robles

Rector

Dr. Eduardo Bárzana García

Secretario General

Ing. Leopoldo Silva Gutiérrez

Secretario Administrativo

Dr. Francisco José Trigo Tavera

Secretario de Desarrollo Institucional

Enrique Balp Díaz

Secretario de Servicios a la Comunidad

Lic. Luis Raúl González Pérez

Abogado General

Dr. Héctor Hernández Bringas

Coordinación de Planeación

Presupuestación y Evaluación

Renato Dávalos López

Director General de Comunicación Social

CCH

Dr. Jesús Salinas Sánchez

Director General

CCH NAUCALPAN

Dr. Benjamín Barajas Sánchez

Director

Mtro. Keshava Quintanar Cano

Secretario General

Biol. Rosa María García Estrada

Secretaria Académica

Lic. Raúl Rafael Rodríguez Toledo

Secretario Administrativo

Mtra. Olivia Barrera Gutiérrez

Secretaria Docente

Biol. Guadalupe Mendiola Ruiz

Secretaria de Servicios Estudiantiles

Ing. Víctor Manuel Fabian Farías

Secretario Técnico del Siladin

Mtro. Ciro Plata Monroy

Secretario de Cómputo y Apoyo al Aprendizaje

C.P. Ma. Guadalupe Sánchez Chávez

Secretaria de Administración Escolar

Lic Rebeca Rosado Rostro

Unidad de Planeación

Mtra. Reyna Rodríguez Roque

Jeña del Depto de Comunicación

Títulos anteriores

Circunstancias
Octavio Barreda

Sonetos
Miguel Garza

*El monstruo
y otras mariposas*
Hiram Barrios

Pagañantas
Alejandro Espinosa

La noche en el espejo
Arturo Pedroza

Apertura al cielo
Alejandro Baca

Próximos títulos

Entre Líneas
Miguel Ángel Galván

*Las entrañas
del norte*
Alejandro García

*Caballo muerto
y otros cuentos*
Raúl Flores Iriarte

En el

largo pasillo tan desolado de aquel edificio de apartamentos, tan silencioso, esa tarde irrumpió escandalosamente el estruendo de una puerta cerrándose con violencia. Unos segundos después, sus tacones resonaban, cada paso un poco más fuerte, un poco más rápido, reflejado en el eco de esa ausencia de cosas y de empatía que colmaba su vida hasta ese día. Sólo volvió el silencio hasta que se detuvo frente al elevador.

Su delicada mano, perfectamente arreglada, con las uñas de gel puestas y pintadas recientemente, apretó el botón y la puerta se abrió casi de inmediato. Entró. Lo último que sus padres vieron fue esa larga cabellera rubia que tantas discusiones había causado en casa. No llevaba equipaje, pero no necesitaba nada de lo que se quedó en su habitación: los jeans gastados, los tenis, los trofeos de su equipo de futbol escolar... vestigios de un mundo masculino en el que nunca pudo encajar.

Rita Cerezo

